

ANIME ANIMAL

Dolió mi circulación a cada paso. Un rostro de *anime*, de belleza mística y colores lisos. Irreal. Una cabecita frágil, cabello de navajas y mirada oceánica bajo un filete de pestañas. La vi y me esclavizó. Su nombre era Soo Jin. Coreana, alta, con pantalones grises y estrechos, Chanel amarrado al cuello y una bolsa de mano D&G: japonesamente amoldada. Hablaba suave, con gestos de colegiala *nihon*, aproximando el vino mate de sus labios rítmicamente. Ni demasiado cerca ni demasiado lejos.

La noche le maquilló lento. Entramos al bar. 30 y una personas peleando la respiración. Yo fui invitada por una veterana del grupo “Amantes del Viaje” que es algo así como “fanáticos de viajar a otros países y contar lo que vieron en una cena barata”.

En realidad, cada quien tiene sus propias estimulantes razones para entrar a estos *kurabus*. El 70% del grupo son fémimas en busca de una casa y sueldo marital, sentadas con las piernas juntas y su delicada manita cubriendo la boca y un *set* de dientes sin *Quality Control*.

Anime Woman se sentó frente a mis zapatos sin nombre y mi suéter verde aceituna, con la mesa de por medio sin dejarle descubrir mi Scape imitación. Las sillas opuestas de la entrada nos regalaron la proximidad de la plástica y el juego de nuestros palillos cuando pelearon por la última pieza de *tempura* sobre el plato de cerámica.

Su pupila preguntona y su amable juego de voces me aceleraron el pulso antes congelado, impidiendo a mis dedos sostener el cigarrillo. Mordidas en las articulaciones, temblores y ella...

como diosa preservadora

que al acercarse, acariciaba mi sangre y calmaba el sismo sin llegar a delatar

que ella también dejaba caer su Virginia Slim de vez en cuando.

Tres años en Tokyo y un japonés perfecto, ingeniera en bioquímica, investigadora del tejido

cerebral, departamento propio y el problema existencial

de renunciar a todo y volver a Corea.

- . . . la vida no es más que una fórmula – dijo la bella Soo Jin -

aunque eso nos dé origen y destruya . . . –

Diez minutos antes

era yo quien hablaba de no poder más con la vida del país sin sol. ¿Se burlaba de mí? Era mi supuesto lugar, donde había crecido. Pero era insoportable no concordar con el sueño del vecino, mi madre, el maestro, mis amigas. Una *kōkōsei*, una mujer extraoficial, una niña con el cuerpo y las ideas demasiado crecidas. No cabía en sus rígidas posturas. No me atraía esa vida monitoreada, quería inventar una sólo mía, lejos del idioma en el que vivía enmudecida.

- Primero asegúrate una vida cómoda. Eso es lo que hice yo. En Corea jamás hubiera reunido el dinero que he hecho aquí. Es difícil vivir en Tokyo, ir al laboratorio, trabajar medio tiempo en el *snack bar* y todo lo demás. Quiero volver a casa

relajarme y descansar

de las horas en trenes

y los *salary men*.

- Eres tan joven . . . ,

dijo dos o tres veces.

Sus ojos de almendra y su sonrisa borracha me invitaron a un bar cercano con dos amigos de ella.

Y . . . Mmm . . . Bueno,

¿Qué más podía hacer?

Tal vez era ese tipo de mujer a quien también le gustan los hombres.

Tomé mis cosas y la seguí. Sus amigos eran simpáticos. Bien para pasar el rato y tomarme un licor de *umeshyu* gratis. Ojos de nuez se las arregló para tocarme la pierna y servir a Yamada-san una cerveza casi negra. Regaló a mis medias esmalte de uñas Láncome y a Don Takabato mentiritas de pestañas Revlon. Uno de ellos pagó mi cuenta y vaya suerte que no curioseó bajo la mesa o se hubiera topado con nuestra otra fiesta.

Hora y media y dos trenes más tarde llegamos a su departamento. No era tan bello como Ojos de Anime. Olía a tabaco. Al menos estaba alfombrado y tenía cortinas blancas. Tenue Acid Jazz. Su acento degustó un poco de vino y jugueteó con mis piernas en la alfombra.

Me hubiera gustado hacer del nombre “Amantes del Viaje” un práctico enrolamiento de papel arroz, pero lo único accesible era el alcohol así que reprimí la voz invitación y dejé que Niña Manga se embriagara con mi olor y vino blanco, con caderas agrias y besos de sombras.

Ella quiso tomar un baño.

Mi piel siguió acariciando el *futon* en tibiedad.

Como todo intruso en casa nueva, revisé cada cuadro en la pared,
cada revista, cada adorno de cerámica . . . Hasta toparme con el librero.

Oí el agua correr.

Seguramente haría escala en su ombligo triangular.

No me sorprendió saludar a Murakami Ryu
forrado en pasta dura, diccionarios químicos,
poesía de Kyoto y revistas con órganos y *kanjis* que nadie se aprende.

Los estantes gritaban títulos y recetas.

Yamada Amy, Yoshimoto Banana

deletreaban sueños y finales.

El agua silenció.

La paz del *ofuro* me invitaba

a dormir

en el oscuro hueco entre sus labios,

a detener

entre mis dedos sus navajas.

El vapor golpeaba los colores. Un tintineo en el agua me recordó el cabello húmedo
esperándome.

- Demasiados hombres . . . ¿Será por eso? . . .

Mirada de Almendra lloraba. Sus lágrimas caían entre quejas tibias al agua. Ya no había vapor cortineando mi voz desnuda.

- En Corea . . . En Co-Corea . . .
- Entiendo - dije acariciando su cabeza.

Pero la verdad no entendía nada. Me dijo algo del honor de su familia, y que no era exactamente yo sino todo su ritmo de vida, que si qué sabía del confucianismo, que si era yo budista. No quise responder.

Si no era yo por ser yo, entonces ¿Por qué las lágrimas? Tal vez la discriminación a los coreanos y los *sex tours* a la península. Invasión, secuestros, violaciones: rencor a todo lo que tenga que ver con los *nippones*, vistos como una holística masa de arroz blanco. Algo dijo de su *arubaito*, además del laboratorio. Ser química está bien pero nunca eso de bailar con el enemigo en un *hostess bar* y servirle *whisky* tras la sonrisa Shiseido. Qué asco. Tener que pasarse opiniones a tragos de *mizuwari* sin poder escupirles. Podía sentir su sangre sublevándose. ¿Qué sería yo para ella? Me sentí como un último grano de arroz en el plato.

Dijo que era su primera vez con una mujer.

- Eres tan joven, dije yo
- y le di un beso en la frente.

Ojos de nuez

Giró la espalda

me maldijo y

pidió que la dejara sola

e n S U – O – F U – R O .

Salí tratando de calmarme y me pegué contra la pared, cerca de las repisas. Escuché a cada libro gritarme su origen y final que describió Soo Jin. No podía creerlo. Yo pensé que en Japón era imposible conseguir lo que ahí se escondrijaba.

Tras Murakami, polvos blancos.

Anime Animal

dijo que yo la había obligado

que mentí en cuanto a mi edad,

que ella estaba ebria.

Tras Yoshimoto, cápsulas de sueño.

Filete de Pestañas reportó mi nombre,

mi casa, mi escuela,

y exigió un proceso

de rehabilitación.

Tras Yamada Amy, agujas sin receta.

Belleza de Mierda

me encerró en esta oficina

pidió carta de disculpa

y remuneración económica.

¿Cómo pensó que podría aguantarme?

Osaka, Japón (Mayo de 1997): “Japonesa menor de edad declara haber sido drogada y ofendida sexualmente por coreana asidua a altos estimulantes químicos y ex-hostess en la zona de Ginza. La sospechosa busca apegarse a su condición de ebriedad para anular el cargo. Existen ya pruebas agravantes de sustancias tóxicas en el lugar del hecho”.

© *Cristina Rascón (Sonora, México, 1976)*

Del libro Hanami (Tierra Adentro, 2009)

Premio Latinoamericano de cuento “Benemérito de América” 2005